

Editorial



Sylvie R. Moulin*

Escribí gran parte de este editorial mientras estaba cumpliendo mi rol de vocal de mesa para la segunda vuelta de las elecciones legislativas de Francia. Poco sería mi actitud, me van a decir. O poco cívica. ¿Pero que podía hacer cuando los electores brillaban por su ausencia y el aburrimiento me vencía? En cada puesto, el presidente de mesa, el secretario y los dos vocales alternaban vueltas fuera del recinto para ir a buscar una taza de café y comentar con los otros representantes la desoladora lentitud de la votación. En la mañana se echó la culpa al frío, en la tarde a la preparación del día del padre - que se celebraba el día siguiente-, y todo el día a la opción de votar por internet que se ofrecía por primera vez a los electores. Finalmente, en los últimos treinta minutos llegaron corriendo los que se habían olvidado de su deber cívico o se sentían culpables de descuidarlo.

El escrutinio, de todas maneras, fue muy breve y el resultado terrible: al final del día, la combinación de la votación por internet y de la presencial no llegaba a los 18% de los inscritos en las listas.

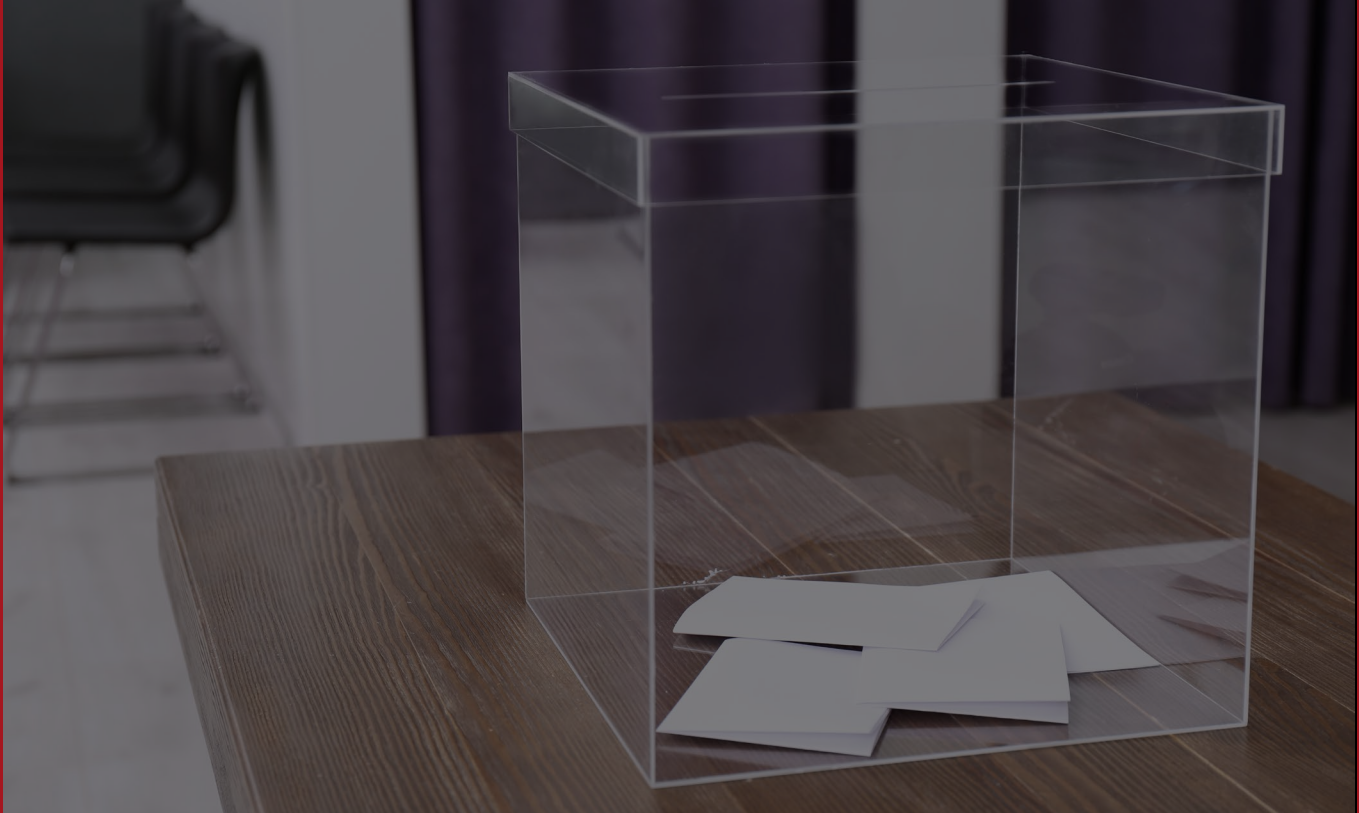
Al nivel nacional, una abstención de 53,77%, un poco inferior al récord de 2017 (57,36%), pero de todas maneras muy preocupante. ¿Será la falta de interés, el cambio de prioridades o la desilusión creciente frente a los políticos, que mantiene los lugares de votación peligrosamente desiertos? Digo “peligrosamente” porque los resultados pueden representar un tremendo riesgo si el presidente pierde la mayoría en la Asamblea de su país, como es ahora el caso en Francia. Y sin ser analista política profesional, les puedo asegurar una cosa: ¡los que obtuvieron la nueva mayoría, sí, hicieron el esfuerzo de desplazarse e insertar su papeleta en la urna!

¿Qué hacer entonces para motivar a personas que ya no estiman necesario expresar su opinión cuando el mundo parece tan vulnerable y los países amenazados por un crecimiento de los partidos extremistas?

Mientras estaba esperando a los votantes, que sean apasionados o azotados por la culpabilidad,

*Profesora, traductora y escritora. Doctorado en Estudios Ibéricos e Iberoamericanos y Master en Literatura Comparada, Universidad de Paris IV-Sorbonne. Docente por 12 años en Estados Unidos. Autora de varios libros de crónicas y cuentos.





observé una cosa: el promedio de edad de los que votaban era bastante avanzado. En las presidenciales, habían aparecido jóvenes que participaban por primera vez y se sentían motivados de ese gesto patriótico. Pero esta vez, no los veía aparecer, quizás porque habían asumido que era innecesario reforzar los resultados de la votación anterior para asegurar la gobernabilidad del país.

Mientras los jóvenes quedaban en casa o se estiraban en la playa, llegaban personas que superaban los 80 años, muchas veces en pareja o en grupos de hermanos o vecinos, algunos con bastón o problema de visión y acompañado de alguien para ayudarles. El premio fue para un caballero de 97 años, que se presentó dignamente y con la corbata bien puesta a expresar su opinión de ciudadano, y ante el cual me saco el sombrero, sea cual sea el boletín que puso en el sobre.

Recordé mis primeras votaciones, las legislativas de 1978 – todavía tengo un corcho de champagne que lo acredita-, cuando Pierre Juquin era diputado de mi departamento, y las presidenciales de 1981, primer mandato de François Mitterrand. Votar era no solo un deber sino un orgullo, las campañas apasionaban y los candidatos electos reflejaban de verdad una mayoría de ciudadanos. No salían electos “a falta de mejores opciones”, como pasa a menudo en este momento. Sigo expresando mis

opiniones sin faltar ni un turno, en las urnas francesas, por nacionalidad, y en las chilenas, por los largos años de residencia que me permiten opinar.

La baja insistente de la participación refleja por supuesto el desinterés de las nuevas generaciones frente a un abanico político cada vez más decepcionante que no expresa convicciones fuertes ni valores sólidos. Los candidatos representan partidos con nombres siempre más míticos, como si tuvieran miedo o vergüenza de nombrar su verdadero color, añadiendo a veces un “toque verde” para suavizar su título real; la ecología tiene buenas espaldas... El espectáculo que ofrecen una vez al puesto de honor tampoco refuerza el entusiasmo, que el estancamiento y la degradación resulten de una mala gestión o del hecho que tienen las manos atadas por países difíciles de manejar. ¡Es lógico desilusionarse en este contexto!

Expresión de nuevos enfoques, nuevas prioridades, nuevos valores, sobre esto no tengo la menor duda. Pero las próximas décadas se anuncian muy preocupantes y el futuro bastante nublado en varios lugares del mundo si no se encuentra un punto de equilibrio suficientemente motivador para que los ciudadanos que tienen derecho a expresar su opinión, vuelvan a las urnas con orgullo y convicción. 🔥

